

Cuando cae la noche sobre el gallo silvestre

Por Noemí de Haro García

Cantico mattutino del gallo silvestre

Affermano alcuni maestri e scrittori ebrei, che tra il cielo e la terra, o vogliamo dire mezzo nell'uno e mezzo nell'altra, vive un certo gallo salvatico; il quale sta in sulla terra coi piedi, e tocca colla cresta e col becco il cielo. Questo gallo gigante, oltre a varie particolarità che di lui si possono leggere negli autori predetti, ha uso di ragione; o certo, come un pappagallo, è stato ammaestrato, non so da chi, a proferir parole a guisa degli uomini: perocché si è trovato in una cartapecora antica, scritto in lettera ebraica, e in legua tra caldea, targumica; rabbinica, cabalistica e talmudica, un cantico intitolato, Scir detarnegòl bara letzafra, cioè Cantico mattutino del gallo silvestre: il quale, non senza fatica grande, né senza interrogare più d'un rabbino, cabalista, teologo, giuriconsulto e filosofo ebreo, sono venuto a capo d'intendere, e di ridurre in volgare come qui appresso si vede. (...)

Mortali, destatevi. Non siete ancora liberi dalla vita. Verrà tempo, che niuna forza di fuori, niuno intrinseco movimento, vi riscoterà dalla quiete del sonno; ma in quella sempre e insaziabilmente riposerete. Per ora non vi è concessa la morte: solo di tratto in tratto vi è consentita per qualche spazio di tempo una somiglianza di quella. Perocché la vita non si potrebbe conservare se ella non fosse interrotta frequentemente. Troppo lungo difetto di questo sonno breve e caduco, è male per se mortifero, e cagione di sonno eterno. Tal cosa è la vita, che a portarla, fa di bisogno ad ora ad ora, deponendola, ripigliare un poco di lena, e ristorarsi con un gusto e quasi una particella di morte. (...)

Tempo verrà, che esso universo, e la natura medesima, sarà spenta. E nel modo che di grandissimi regni ed imperi umani, e loro maravigliosi moti, che furono famosissime in altre età, non resta oggi segno né fama alcuna: parimente del mondo intero, e delle infinite vicende e calamità delle cose create, non rimarrà pure un vestigio, ma un silenzio nudo e una quiete altissima, empieranno lo spazio immenso. Così questo arcano mirabile e spaventoso dell'esistenza universale, innanzi di essere dichiarato né inteso, si dileguerà e perderassi [Questa è conclusione poetica, non filosofica. Parlando filosoficamente, l'esistenza, che mai non è cominciata, non avrà mai fine].

Giacomo Leopardi (1824)

Los condenados, expuestos a la inclemencia del tiempo, a la mirada de todos y a las garras de los pájaros, eran torturados hasta la muerte. Morir frente a Roma, morir ante Roma. Un lugar para la mirada, para la vigilancia, para el control, para la arenga, para la justicia ejemplificante. Gianicolo.

|

La piedra angular de la palabra divina fue lanzada contra cada una de las siete colinas. El mundo quedó plantado de frescos cadáveres.

Las iglesias abren sus techos al cielo, aquí el suelo se cierra para engullir al pelele que nadie ha recogido. Las divinidades del pantheon quedaron arrasadas por proyectiles de almas olvidadas de cuerpo, felices de vomitar sus vísceras a cambio de una utopía. Porque el de los mártires es un cuerpo en el que se produce la separación entre lo temporal y lo eterno. Llamadlo retórica, credulidad, engaño, miedo. O ved en ello una prefigura de la verdad. Porque uno siempre se disfraza de algo que ya es.

El hombre salvaje, simple, cobarde e ignorante, el feliz hombre-pájaro mentiroso, Papageno, es el pasto perfecto para creencias y supersticiones. También a ti te llegará el momento, gallo salvaje. Pobre Ícaro pretencioso, Leonardo ufano de su intelecto y de sus máquinas. Desdichado de ti, macho flácido, caerás en el laberinto. Fracasarás a 9,81 metros por segundo al cuadrado. Una vez más.

II

Las costillas de Roma se abren en miles de tumbas para las que inventamos un nombre, en geologías sobre las que nos esforzamos en construir la memoria, arrastrándonos mientras limpiamos de venas y músculo los huesos. Gusanos paseando por las tripas de un rey, girando en torno a un claustro mientras el cadáver se pudre mirando al cielo, sobre nuestras cabezas.

Ahí está, inmóvil, convertida la agonía de plumas, las boqueadas de sangre, los mordiscos de desesperación, en graciosa danza de esqueleto. Una estampa mexicana. *Archaeopteryx*.

Carne hecha tierra, arrancada del suelo, desempolvada, apilada, iluminada, expuesta. Para siempre. Genealogías, relatos de historia y evolución vertidos sobre una breve laja de piedra.

El eterno reposo no llega con la muerte sino con el olvido. Pero en las aguas estancadas, prosperan las larvas de los mosquitos.

III

Todos los monstruos son producto de la razón. Hubo una época en la que el final de la experiencia geográfica se señalaba con un *finis terrae* guardado por seres fantásticos. Los esfuerzos de la imaginación y el cálculo plasmaban un mundo invisible sobre una superficie abarcable, inscribían nombres y creaban territorios dominados.

Desde la distancia, el espectáculo es un diseño de moaré otoñal, estorninos al atardecer, estética y matemática pura. Bajo la nube arrecia la lluvia de guano, de huevos, de pájaros. Por encima de ella..., nadie sabe qué hay por encima de ella.

La imagen de la terraza de la Academia de España está hecha para un punto de observación cenital; divino, objetivo, eterno. El punto de vista desde el que el humano controla al humano, desde donde se reparten las tierras, se organizan bombardeos y se dibujan contornos de cadáveres. En la superficie bidimensional no se produce la tragedia, sólo su representación.

Satélites, cámaras, pantallas, mapas, dibujos, diagramas nos colocan a salvo del suelo y de la gravedad. Gracias a esto, el mapa incorpora de nuevo al gigante de las antiguas cartas en su retrato objetivo. El modelo así liberado se abre a las fantasías –contemplativas, obsesivas, minuciosas, megalómanas...- de quien pueda hacer uso de él. Se entrega un trocito de omnisciencia tecnológica obsoleta al “público general” para que se divierta. La sonrisa de las turbas bien vale asumir un pequeño riesgo.

Poder ver directamente, sin mediación, implica acercarse al lugar prohibido, encaramarse a la terraza, volar junto al sol, en definitiva, colocarse en un lugar propicio al salto. Estar a un paso de la caída y de la salvación. De desear comprobar si se cumple la promesa y llegan los ángeles a recogerte “para que no tropiece tu pie contra una piedra”. Encontrarse a un paso de caer en la tentación.